

Dante en la literatura colombiana

Escribete: VICENTE PEREZ SILVA

En este año de 1965, próximo a extinguirse, se ha conmemorado y aún se conmemora en todo el orbe, con fervor y entusiasmo, el séptimo centenario del nacimiento de Dante Alighieri, autor privilegiado de aquel libro que soporta incólume el soplo de los siglos: *La divina comedia*. Desde entonces, bien lo sabemos, ningún hombre ha alcanzado glorificación parecida a la tributada, en todo tiempo, al visionario, que emigraba de un lugar a otro acicateado siempre por un ansia inmensa de verdad y torturado a cada instante por un deseo de justicia imposible de saciar sobre la tierra.

También nosotros, hijos de Colombia y de latina estirpe, vinculados como estamos a la gloria de Dante Alighieri por la comunión en las ideas esenciales y eternas que fueron manantial de su inspiración y alma de sus cánticos seculares, vamos a unir nuestra voz al concierto universal de alabanzas a la memoria del sumo poeta que hoy duerme el sueño de la inmortalidad. Y para hacerlo, hemos resuelto dirigir nuestra pluma por los predios de la literatura patria y en esta forma, examinar, así sea fugazmente, la contribución intelectual de nuestros hombres de letras en torno al nombre del insigne florentino y de su obra perdurable.

Inútil decirlo, pero entre nosotros, uno y otra han despertado desde tiempos remotos, poderosa influencia y fecunda fuente de inspiración. Así, consagrados oradores, escritores y poetas nos han legado páginas, que no por lo escasas, ignoradas u olvidadas, dejan en manera alguna de engalanar con merecimientos nuestro acervo humanístico y literario.

Desde luego, que nuestro propósito no habrá de encaminarse a considerar únicamente las aportaciones concretas sobre temas o trabajos dantológicos. No. Habremos también de mencionar, aunque sea en forma muy somera, las influencias, derivaciones, alusiones, repercusiones o resonancias de indiscutible origen dantesco que asoman en algunos de nuestros autores. Esto último de modo superficial, hemos de repetirlo y confesarlo, por la sencilla razón de que acometer una labor de esta naturaleza en forma más o menos acabada, implica una investigación de más vastas y detenidas proporciones.

Con esta intención y manifestación, la primera inquietud que asalta nuestra curiosidad es la de saber desde qué momento de nuestra vida cultural se tiene noticia de *La divina comedia*, o mejor, desde cuando hace su entrada triunfal en el reino de las letras colombianas. Infortunadamente, al contrario de lo que sucede con el *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, libro del cual se tienen datos concretos sobre su arribo a Cartagena de Indias; de la obra que nos ocupa se ignoran por completo la fecha y circunstancias de su conocimiento en nuestro medio.

Con todo, buenas luces para una mera aproximación habrá de proporcionarnos uno de los documentos que el eminente profesor Irving A. Leonard incluye en el apéndice de su interesante obra *Los libros del conquistador* y que constituyen, según sus propias palabras, típicas listas de libros, extractadas de diversas clases de instrumentos legales autorizados por notarios públicos y otros funcionarios, en España y especialmente en Hispanoamérica. Pues bien, en el distinguido con el número 5 y registrado por Luis de Padilla, en Sevilla, en el mes de junio de 1600 y que contiene la remesa de libros para ser entregados “en el puerto de San Juan de Ulúa a Martín de Ibarra y en su ausencia a Francisco de Lara, y en la de ambos a Alonso de Villavado, para que los recibiese los venda de contado o fiado, como les pareciere...”, figuran dos ejemplares en italiano de *La divina comedia*. Uno en el cajón número 1, en cinco resmas y otro, en el cajón número 2, en dos resmas.

Así, teniendo en cuenta el hecho comprobado de que los iniciales embarcos que desde la península se hicieron con destino a México y al virreinato del Perú, entre los años de 1576 a 1600, habremos de inducir que la llegada de *La divina comedia* a nuestro territorio debió ocurrir con posterioridad al año citado últimamente, es decir, en los albores o ya bien entrado el siglo XVII. Lo anterior, sin descartar la posibilidad de que dicho libro hubiese venido entre los que trajo consigo el licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada, si no en su primer viaje, quizás sí en el segundo de su extraordinaria expedición.

Mas, ¿cuál el fundamento para esta suposición? Sabemos de sobra que el descubridor de Bogotá y adelantado del Nuevo Reino de Granada fue un hombre ilustre, de “agudo ingenio, no menos apto para las armas que para las letras” y que aquí escribió su célebre *Antijovio*, como réplica a la historia del obispo Paulo Jovio.

Ahora bien, en la obra quesadiana tiene eminente predominio la idea del imperio, del aspecto teológico-medieval, cuya fuente primordial la constituye *La monarchia* de Dante, tendiente a acabar con la anarquía que dominaba y predominaba en la vida política de Europa por aquella época. Así lo sostiene con gala de erudición el investigador austriaco Víctor Frankl, en su libro: *El Antijovio de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la contrarreforma del marienismo*.

Entonces, si don Gonzalo Jiménez de Quesada, al escribir su *Antijovio*, entre fines de 1566 y comienzos del 67, tuvo pleno conocimiento de una de las obras menores de Dante, ¿por qué no pensar que también lo tuvo de

la mayor de todas, *La divina comedia*? Y si durante los meses en que redactaba su réplica al escritor lombardo —probablemente en Tunja— tuvo a su alcance *La monarchia*, como es de suponerlo, ¿por qué desechar la idea de que tuviese, asimismo, en su poder la obra máxima de Dante?

En últimas, si nada improbable resulta esta conjetura, la verdad incuestionable es que con el nombre de don Gonzalo Jiménez de Quesada se inicia en nuestra historia literaria la primera influencia de carácter dantesco.

Una segunda influencia derivativa y del carácter antes anotado, la encontramos en la *Rhythmica sacra, moral y laudatoria* de don Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, impresa en Madrid, en el año de 1703. Este insigne poeta místico, admirador como el que más en su tiempo de sor Juana Inés de la Cruz, nació en Santafé, en agosto de 1647. Su obra, de considerable extensión, demuestra muy a las claras que fue poseedor de una inspiración poco común y de una amplísima cultura. En el canto titulado *Novísimo de la gloria*, se puede apreciar una estrofa de extraordinaria nobleza conceptual que nos transporta, inevitablemente, a aquellos versos de Dante que comienzan:

Da essa vien ciò che da luce a luce

Dice así la referida estrofa:

*Esta es aquella luz eterna, increada,
de quien todas las luces luz reciben,
aunque en ninguna queda retratada;
esta la vida por quien todos viven,
esta la claridad, que anima el día,
siendo a un tiempo en su próspera alegría
sabia sin confusiones,
grande sin estatura,
alegre sin facciones,
y hermosa sin figura:
Todo lo llena, y con un sabio modo
nada embaraza, aunque lo ocupa todo.*

Pero antes de perder de vista la estela del siglo XVII, conviene apuntar un dato de suma curiosidad histórica dentro del tema propuesto y que de otra parte “da una prueba fehaciente del grado de cultura a que habían llegado ciertos elementos de la ciudad capital del Nuevo Reino a fines del mencionado siglo”. Según el inventario completo hallado y luego reproducido por el insigne historiador y acucioso investigador don Guillermo Hernández de Alba, en la biblioteca del sacerdote Fernando Castro y Vargas, cura de Turmequé y canónigo de la Catedral de Bogotá, existía al momento de su muerte, acontecida en el año de 1665, la no insignificante suma de 1.060 volúmenes “cuya mayoría, como es natural tratándose de

un eclesiástico, eran obras de teología, cánones, asuntos bíblicos, etc., pero lo que constituye el principal valor de esa colección es la presencia de una gran cantidad de obras de literatura antigua y moderna, en latín y en castellano”, según lo manifiesta en magnífico ensayo, Rafael Martínez Briceño. Entre los libros de dicho inventario figura una edición de *La divina comedia*.

Antes de continuar este itinerario, nos parece oportuno consignar aquí, otra novedad no menos curiosa y significativa que la anterior. En la Biblioteca Luis-Angel Arango, entre el conjunto de libros incunables de su pertenencia, se halla una edición de *La divina comedia* comentada por Christophoro Landino e impresa en Venecia, en el mes de marzo de 1484. Este bellísimo ejemplar que en día reciente acariciamos con mano sensual y reverente, carece del más leve rastro o señal dejados por antiguo dueño. ¿Su procedencia? Guárdanla en secreto sus páginas recónditas y el celoso custodio de dicha institución.

Adelantemos con el mismo ánimo hacia otros tiempos. Nada en concreto sabemos del siglo XVIII, respecto al tema que nos ocupa. Pero con todo, es muy posible que en los círculos literarios que comenzaron a desarrollarse a partir del año de 1789, como medio de comunicación intelectual e intercambio de ideas, se hablara de Dante, se leyera y aún más, se comentara el texto de *La divina comedia*. Porque, ¿cómo no creer que así aconteciera en el seno del círculo literario que encabezaba un hombre de tan vasta ilustración como lo fue don Antonio Nariño; o entre los distinguidos concurrentes a la tertulia Eutropélica dirigida por don Manuel del Socorro Rodríguez; o entre los allegados a la tertulia del Buen Gusto?

Prosiguiendo el curso del siglo XIX, veamos ahora, las claras resonancias de indudable origen dantesco que se estiman en los siguientes personajes de ilustre prosapia intelectual.

En primer término, debemos mencionar a Luis Vargas Tejada, por cuyo talento excepcional fue dueño y señor, desde muy temprana edad, de un portentoso grado de cultura y a tal punto, que a los veinte de su edad escribía con dominio —para pasmo y admiración de sus contemporáneos— en seis idiomas, contándose entre ellos el italiano. Así lo confirman sus imitaciones del teatro de Goldoni. Pues bien, este vigoroso espíritu poético, arrebatado por hados adversos en plena juventud —pereció cuando apenas contaba veintisiete años—, nos legó el monólogo antibolivariano de Catón de Utica, a quien Dante puso nada menos que como guardián del purgatorio. Detrás de la figura de César, que aparece en el diálogo, resulta muy fácil adivinar al libertador, terriblemente zaherido por el poeta. No está por demás agregar que Vargas Tejada cultivó los tercetos, forma literaria esta, de la cual da cuenta su *Epístola a los escritores castellanos*.

Tenemos luego el ingenio y el donaire de don Julio Arboleda, quien a través de su composición satírico-política denominada *Escenas democráticas* introduce con habilidad sorprendente algunos versos de Homero, Virgilio, Dante y Tasso. Veámoslo:

Yo no quiero cuestiones con Apolo.
 Porque, musa maldita,
 no soy yo tu criatura favorita;
 y aunque cante un infierno, no lo cojo
 “Nel mezzo del camin di nostra vita”,
 porque mi infierno es un infierno rojo,
 y para verlo no hay que andar errante
 por diversas regiones, como el Dante.
 Dejando que mi pluma dé al acaso
 con Homero, con Dante y con el Tasso!
 ¡Oh Tasso! ¡Oh Dante!, ¡y tú, patriarca Homero!
 ¡Tú, Virgilio divino!,
 que marcáis el sendero
 del espíritu humano y su destino.

En manera alguna queremos omitir los nombres de César Conto y Candelario Obeso, cultivadores como pocos de la armoniosa lengua italiana y a tanto, que uno y otro compusieron sendos textos para el aprendizaje de la mencionada lengua. Don César Conto, en su edición de 1875, advierte:

“Ojalá este trabajo sirva al menos para estimular a la intelijente juventud de mi patria a cultivar la hermosa lengua toscana, llamada por excelencia italiana, por ser la que prevalece entre los varios dialectos de la interesante y poética Península, la que han usado y usan sus más esclarecidos escritores y la que habla la parte más culta de la sociedad”.

Del segundo de los nombrados, sabemos que puso en ramoniosos versos castellanos bellas estrofas de poetas franceses, ingleses e italianos, toda vez que dominó con inusitada maestría la lengua de Byron, la de Víctor Hugo y la de Dante. Ante estos antecedentes, nada aventurado resulta afirmar que ambos a dos fueron buenos conocedores de las obras del eximio poeta florentino.

Avanzando un poco más, nos encontramos con el *Canto cero del infierno de Dante*, manifiesta imitación de la que es autor el célebre obispo samario y reconocido hombre de letras Rafael Celedón. El prefacio de esta verdadera rareza y curiosidad bibliográfica, publicada en París, en 1885, es de este tenor:

“La cifra O, —símbolo de la nada, y en el presente caso de la nulidad—, con que va marcado lo que hemos llamado *Canto del infierno de Dante*, expresa suficientemente el valor y puesto que creemos tenga nuestra incorrecta producción en la obra inmortal del gran poeta; vale decir, ninguno. Pero ¿por qué lo hemos encabezado con tal título? El benévolo lector nos ayudará a responder que la naturaleza del asunto tratado lo exigía. Con todo, no negaremos que, ya comprometidos en la escabrosa senda, hemos procurado seguir, aunque por cierto muy de lejos, las huellas del inspirado e inimitable peregrino”.

Comienza de este modo el conjunto de sus veintiséis tercetos:

*Al salir del abismo a do la escoria
del mundo va a quemarse en fuego eterno,
me vino un gran recuerdo a la memoria.*

*Algo que vi, oh lector, allá en el cuerno,
donde estampó su huella el infinito,
a su paso triunfal por el Infierno.*

A fines del siglo que recorreremos, don Miguel Antonio Caro, eximio escritor a fuer de múltiples títulos que exornan su personalidad, haciendo gala de su latinidad integral, nos ofrenda una versión del *Canto segundo del infierno: Initium descensus ad inferos*. Quienes por fortuna aún las emprenden con la lengua del lacio, encontrarán en sus estrofas al latinista lírico, que “sin restringirse al mecanismo sintáctico, rivalizó con la latinidad de Lipsio, Heinsio y los dos Escalígeros”, según la justipreciación del presbítero Juan C. García.

Cierra con broche de oro toda esta época una atinada y singular traducción de *La divina comedia*, hecha en Bogotá, en julio de 1896 y de la cual se publicaron tres ediciones consecutivas. Esta auténtica y bien llamativa curiosidad bibliográfica, que sale a la luz pública a los dos años de la traducción de Bartolomé Mitre en la Argentina, está incluida en el tomo XIII de la Biblioteca Popular, que en forma ponderada y talentosa dirigió y realizó don Jorge Roa. Al final de la noticia biográfica y literaria que precede la obra se expresa lo siguiente:

“La versión que hoy publica la *Biblioteca Popular*, hecha de priesa y sin pretensión literaria alguna, está al alcance del pueblo; no reproduce el texto íntegro del poema, sino el conjunto, conservando todos sus pensamientos y bellezas. No es, pues, un compendio, sino una condensación de la *Divina comedia*, en que todo es del gran poeta: ni una frase se le ha agregado, ni se ha alterado una sola expresión. Es *Dante* solo el que habla”.

Aunque se ignora el nombre del verdadero traductor, estamos por creer que sea del propio editor don Jorge Roa, hombre de vastos conocimientos y de una bien estructurada cultura. Quizás en gesto de suma modestia no quiso que apareciera su nombre al pie de la referida traducción.

Y pasamos ahora sí a nuestro atormentado y tormentoso siglo XX. Inicia esta nueva era de la cultura colombiana una breve y sencilla composición poética titulada *Dante Alighieri*, del insigne don Carlos Arturo Torres y que fue publicada en el *Nuevo Tiempo Literario* de Bogotá, el día 16 de abril de 1905. Leamos su primera estrofa:

*El poeta teológico, misterioso y ferviente
desciende hasta los antros de la ciudad doliente,
mansión de sombras y de horror,
recorre audaz los círculos del herizado espanto,
escucha los lamentos, bebe en ríos de llanto,
lo hiere el eternal dolor.*

De aquí y sin otro hallazgo a qué referirnos, habremos de acercarnos al día 14 de septiembre de 1921, fecha en que la ciudad de Bogotá conmemoró con gran pompa y solemnidad el VI centenario de la muerte de Dante. De tal acontecimiento quedan para la posteridad de nuestra historia literaria las hermosas páginas oratorias pronunciadas por monseñor Rafael María Carrasquilla, José Joaquín Casas y Emilio Ferrero. Cada cual dentro de su estilo entonó la alabanza en honor del altísimo poeta de la cristiandad, de sus doctrinas y de sus símbolos.

En aquel entonces monseñor José Vicente Castro Silva contribuyó con la inscripción en latín de una lápida conmemorativa y que fue colocada en la antigua casa de la Academia Colombiana, ubicada en la carrera séptima con calle diez y nueve. Lamentablemente y según parece, se ha extraviado tan valioso testimonio de admiración tributado a la memoria de Dante, razón suficiente para consignar aquí la traducción de aquel laude recordatorio. Dice así:

“En honor de Dante Alighieri, maestro en sabiduría humana y divina, quien es celebrado con alabanza universal, en el sexto centenario de su muerte, por su poema en el que ensalza la potestad divina, la suprema sabiduría, el primer amor, al Dios óptimo y máximo y en todo el transcurso de los tiempos al Dios que gobierna al mundo desde la eternidad, los ciudadanos colombianos, con el concurso general, han colocado esta lápida conmemorativa, el día 14 de septiembre de 1921, de la era de Nuestro Señor”.

Por esta misma época, eminentes hombres de letras de nuestra patria, contribuyeron con su inteligencia a honrar al excelso cantor de Beatriz. El maestro Guillermo Valencia traduce el bellísimo poema *A Dante* de Gabriel D'Annunzio; el presbítero José Alejandro Bermúdez, perfila un honrado ensayo sobre la personalidad y la obra de Dante Alighieri; Maximiliano Grillo, en sentidas cláusulas, exalta el poderío de su gloria; Enrique Revollo del Castillo entona un himno en el que revive su espíritu y forja un soneto a su ciudad natal; y, Joaquín Güel escribe en *El Espectador* una crónica recordatoria de fina emotividad.

Pocos años más tarde, en junio de 1925, Miguel Rasch Isla publica una obra realmente original e insular en nuestro mundo poético y de indudables resonancias dantescas: *La visión*. En tercetos sonoros y bruñidos, como los de Dante —anota alguien—, nos pinta los cuadros sombríos que le ofrece, tentacular y espectacular, el dolor humano bajo cuyas garras caen los seres en desesperante impotencia. Y en verdad, allí el poeta nos describe los dolores inmensos de los leprosos, de los tísicos, de los ciegos, de los locos, de las cortesanas, en fin, de todos los fondos oscuros que padece inclemente la miseria humana.

Del canto I, relativo a la *Selva oscura*, gustemos los siguientes tercetos:

*Yo también, al bajar por la pendiente
de la escabrosa senda de la vida,
me hallé en la Oscura Selva de repente.*

*También me ví sin norte y sin salida
en mitad de su fosco laberinto,
presa del miedo y con la fe perdida;*

.....
*Artera duda anonadar me quiso,
y a semejanza de tu caso ¡Oh Dante!
me salvó una visión del paraíso.*

Y del canto II, los dos siguientes:

*Tímido albor por la llanura agreste
insinuábase ya cuando con tierno
tono exclamó: Nuestro camino es este:*

*Camino inmensurable y sempiterno
que debe hoy atravesar conmigo,
cual Dante, los ardientes del infierno.*

Con justa razón, el eminente crítico don Antonio Gómez Restrepo considera la obra de Rasch Isla como “una miniatura dantesca en que aparecen grupos tan patéticos y dolientes como algunos de los que vio Dante en sus círculos infernales”.

Nos limitaremos, ahora, a enumerar así sea brevemente los diversos aportes literarios aparecidos entre los años de 1925 y 1964. En el mes de octubre de 1926, el historiador Manuel José Forero, traza un bello paralelo entre las vidas de San Francisco de Asís y Dante Alighieri; y, por el mismo mes y año, otro benemérito historiador y poeta, Daniel Arias Argáez, publica una versión del hermoso poema *Dante soñaba* del francés Edmond Haraocourt. Soneto de corte clásico y de elevada altura el ofrendado a Dante por el estro poético de Rafael Vásquez, en su libro *La torre del homenaje* de 1937. El sacerdote jesuíta José C. Andrade y autor de eruditos ensayos sobre Cicerón y Virgilio, publica, en 1938, el libro titulado *Homero y la épica universal*, trabajo este, que según don Antonio Gómez Restrepo revela a un humanista formado en la disciplina clásica de Oxford y que puede colocarse entre los frutos más sazonados de la cultura colombiana. Allí dedica un sesudo capítulo, *Homero y Dante*, al estudio comparativo entre la visión humana y concepción pagana de Homero y la visión cristiana de Dante. Dos creadores —bien lo sabemos— de literaturas diferentes, que constituyen los vértices de dos civilizaciones antagónicas. Al año siguiente, un humanista de vasto renombre y consumado cervantista, don Julián Motta Salas, publica en el *Anuario* de la Academia Colombiana un ensayo de encanto incomparable: *El amor en Dante*. La lectura de estas páginas castizas y eruditas, brillantes y animadas, solazan el espíritu y tonifican el corazón del hombre más infortunado y desolado. En la *Bibliografía Universal* de Joaquín Ospina, publicada en Bogotá, en 1941, encontramos una afortunada síntesis biográfica y conceptual de Dante y *La divina comedia*. Síntesis semejantes aparecen en los textos de estudio de literatura universal de Nicolás Bayona Posada, Gustavo Otero Muñoz y Gabriel Pérez Vélez. En su libro *Música y lumbre* de

Rodrigo Noguera y que data de 1941, brillan dos sonetos ejemplares, uno dedicado a Dante y otro a *La divina comedia*. Más adelante, en mayo de 1947, el escritor Henry Serrano Uribe, publica en el *Suplemento literario* de *El Siglo* de Bogotá: *Dante, el artista creador*. En el mismo año, J. B. Jaramillo Meza, da a conocer su inspirado poema *Leyendo a Dante*; con igual título ha publicado un afortunado soneto, en una antología de poemas amorosos, el célebre cuentista Efe Gómez. Camilo Villegas Angel en su libro de *Sonetos* —de propia y ajena cosecha—, publicado en España, en 1954, incluye la traducción del titulado *A Dante*, de Alfieri. En julio de 1960, el eminente hombre público Carlos Arango Vélez, pronunció una extraordinaria y elocuente conferencia sobre la visión concebida por Dante en el siglo XIII y la realidad inquietante del siglo XX, por la presencia del peligro comunista en América y particularmente, en Colombia. Mi disertación —dijo entonces Arango Vélez— no pretende ser otra cosa, sino un tímido ensayo de confrontación y registro de correspondencia entre dos cosas igualmente vastas, profundas y conturbantes: el caos, la confusión y los peligros del siglo XX (y la sola esperanza de recuperación que aún pueda consolar al hombre cristiano) por una parte, y el pensamiento soberano de Dante, por otra. Por último, en el *Boletín cultural y bibliográfico* de la Biblioteca Luis-Angel Arango, correspondiente a febrero de 1964, Néstor Madrid Malo realizó una versión libre del soneto de Miguel Angel: *A Dante Alighieri*.

Al cerrar esta relación bibliográfica de conjunto, es del todo justo hacer mención de un ilustre dantólogo: el sacerdote salesiano José Rosario Baccaro. Aunque de nacionalidad italiana, el padre Baccaro se ha vinculado fraternalmente a nuestra patria desde hace más de tres décadas. Aquí cursó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana y para optar el grado, en abril de 1952, presentó a la consideración del jurado examinador, una tesis de envergadura sobre Dante Alighieri, que fue aceptada como sobresaliente y aplaudida con encomio. Para honra y fortuna de la bibliografía dantológica, al año siguiente fue dada a la publicidad.

Transcribiremos luego un vigoroso aparte, en el que resplandece la silueta de Dante, hermosamente perfilada por la pluma de Jorge Zalamea en *La vida maravillosa de los libros*.

“Pero aún no ha dado la Edad Media su cabal medida. El fragor de sus luchas políticas y religiosas; el esplendor de las lenguas nacidas de tan prolongada controversia; el brillo del conocimiento teológico; el desesperado esfuerzo del hombre por alcanzar la verdad y reposarse en ella como sobre un seno tibio; el idealismo trascendental que quiere conferir a la mujer una acción fecundante sobre el espíritu del varón; la tenebrosa oposición que la codicia y la lujuria, la ira y la envidia hacen al alma humana en su dura carrera de perfección, necesitan un más alto intérprete, un espíritu templado en todas las cualidades de la persecución, una inteligencia macerada en todas las disciplinas de la ciencia; un corazón suficientemente amplio para que en él quepan el orgullo y la ternura, el ánimo vindicativo y la disposición generosa, el deseo humano y el amor divino. Este hombre es Dante Alighieri.

“Cumpliendo una hazaña aún no superada en la historia intelectual del hombre, de un idioma balbuciente en que se mezclan lamentables restos del latín a amanerados provenzalismos y a toscas invenciones populares, crea Dante una lengua perfecta, de intachable madurez, de vigorosa belleza, de insospechada fuerza expresiva. Y con este instrumento de tan acabada perfección, escribe esa segunda *Biblia* que conocemos bajo el nombre de la *Divina comedia*, cuyo análisis sería necio intentar aquí, pero cuya grandeza se empina como una cúpula fulgurante que remata el portentoso edificio espiritual de la Edad Media”.

Del todo imposible dejar de anotar la inspiración de Dante en un insigne poeta de ayer y la no menos fervorosa y poderosa influencia del inmortal personaje, en dos autores contemporáneos: Silvio Villegas y el maestro Rafael Maya.

Eduardo Castillo, en su poema *Oración*, invoca a la muerte en estos términos:

*¡Bienvenida la muerte! Ya me asedia
el grande espanto de la selva oscura
de que habla el florentino en su Comedia
divina e inmortal.*

El escritor caldense, en casi todos los capítulos de su preciosa obra *La canción del caminante*, alude a Dante, sencillamente y según su propia confesión, porque “en los anaqueles de la biblioteca están todas las sombras que nos son familiares: Platón, Lucrecio, Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe... sombras que tienen más vida que nosotros mismos”. En las páginas del capítulo titulado *Una nostalgia productiva* y en las que incluye una suscita traducción del *Canto V del Infierno*, este autor consagra noblemente su reconocimiento: “La fuente más fecunda de emociones intelectuales es el recuerdo... cuyas cabeceras literarias de este gran tema están en el *Canto V del Infierno*, donde Dante esculpió, en el reluciente mármol de su idioma, los amores de Paolo y Francesca. Cada verso tiene aquí la profundidad de una sentencia platónica y el ritmo de una limpia melodía. Es tan grato releer algunas estrofas de este Canto como contemplar el Partenón, las riberas del Nilo, o el rostro de la amada”.

El maestro Rafael Maya, cantor de Beatriz en un tierno y delicado soneto, en algunas de sus páginas también refleja una honda huella dantesca. Cuando se refiere a los “trabajos y penalidades sin término” que padeció don Jorge Isaacs, dice que su heroísmo, frente a la adversidad y la pobreza, “lo emparenta con don Miguel de Cervantes, y con el fruncido y cogitabundo Alighieri, buscadores del pan bajo el luminoso extravío de su genio”. Al describir el amor que le infunde al adolescente una prima lejana que nunca vino a su valle nativo, expresa: “Un perfil de procedencia judía, una cabellera repartida en dos trenzas, una crucecita de coral en el cuello, ¡nada más! pero eso era suficiente para encender la imaginación del niño, como lo fue en Dante el encuentro con una criatura de nueve años, para que mucho tiempo después, el sombrío enamorado fuese a golpear en las puertas del paraíso”. Y cuando narra el nacimiento de “María”, entre la salvaje soledad del Dagua, exclama: “¡Curioso destino de todas estas criaturas inmortales! Beatriz nació en el destierro: Dulci-

nea, en un calabozo; la virgen americana, en un abismo de los Andes. Solo que nuestro poeta sacó a su serafín de entre las llamas y lo condujo a un paraíso de palmeras”.

Otro día retorna la planta del maestro Maya al Valle del Cauca y allí entona hermoso laude a una beldad, hermana de María. En aquella tarde, inicia su exaltación con esta reminiscencia de sabor estrictamente dantesco:

“Señora: ¿Recuerda usted el encuentro de Dante con Beatriz, en una calle de Florencia? La ciudad labrada en el bronce de los siglos por la mano del genio, levanta a lo lejos sus cúpulas doradas sobre las cuales se extiende el cielo que violentó Miguel Angel poblándolo de potentes mitologías, mientras que, en primer término, discurren las aguas del Arno, bajo el puente de piedra que se curva como el tórax de un atleta vencido. Beatriz, en medio de dos gentiles compañeras, avanza por la orilla del río, dejando que el aire le ciña la larga túnica en torno de los ágiles flancos, en tanto que el ardiente mancebo, orlado de verde rama, se apoya en el borde del puente con una mano, mientras la otra oprime el poderoso corazón que albergó el eco de los eternos dolores”.

Para concluir, haremos somera referencia a los contados traductores de Dante, hasta ahora conocidos: Alejandro Araoz Frázer, Enrique Uribe White, Augusto Faillace y Carlos López Narváez.

El primero de los nombrados, notable epigrafista, en su obra *Altísimos poetas* (Bogotá, 1953), incluye la traducción de cinco sonetos y entre ellos, la del tan alabado de la *Vita nuova*, que comienza:

Tanto gentile e tanto onesta pare

En el tomo I, del libro *Horas de Tota*, Uribe White inserta la versión del soneto antes mencionado y una del *Canto XXXIII del Paraíso*. Sobra advertir el singular encanto y compenetración de su expresión artística.

Augusto Faillace, intelectual y artista barranquillero, de ascendencia italiana y conocedor como pocos de la vida y de la obra de Dante, tradujo con suma propiedad, en mayo 6 de 1962, el *Canto V del Infierno (La República)*. Pág. Lit. Bogotá). Esta traducción del inmortal episodio de Paolo y Francesca, matizada con rima asonantada, está hecha con verdadero dominio del tema, desenvoltura, donaire y musicalidad.

Finalmente, contamos con el maravilloso aporte del escritor, poeta y versado traductor Carlos López Narváez. En su obra inédita *Poemas de Italia*, hemos gustado la traducción de nueve sonetos —siempre el número nueve en el arcano de la parábola de Dante— cual más, hecha con inteligencia, finura y acierto. En una palabra, López Narváez cumple con las duras exigencias que requiere una traducción. Comprobémoslo con aquel soneto que constituye un verdadero “embrujo transido de ternura”:

*Tanto es gentil el porte de mi amada,
tanto digna de honor cuando saluda,
que toda lengua permanece muda
y a todos avasalla su mirada.*

*Rauda se aleja oyéndose ensalzada
—humildad que la viste y que la escuda—
y es a la tierra cual celeste ayuda
en humano prodigio transformada.*

*Tanto embeleso al contemplarla inspira,
que el corazón embriaga de ternura:
lo siente y lo comprende quien la mira.*

*Y en sus labios, cual signo de ventura,
vagar parece un riso de dulzura
que al alma va diciéndole: ¡Suspíra!*

Como hemos visto al través de este modesto esfuerzo y sin hacer alusión a la buena cosecha intelectual del presente año, nuestra literatura no es del todo parva en floración de trabajos e influjos de carácter dantesco. Todo ello sea para mayor honra y gloria del inmortal Dante Alighieri, en esta clásica conmemoración.